

*LA FIERA Y
LA BELLA*

Poul Anderson

I

El técnico de las nuevas encarnaciones, o renacimientos, pensaba haberlo oído todo ya en el transcurso de los tres siglos. Pero aun así, se quedó aturdido.

—Mi querido amigo... Dice que un tigre...

—Exacto —le contestó Harold—. Puede hacerlo ¿verdad?

—Pues... supongo que sí. Claro que antes tendré que estudiar el problema. Nadie ha deseado nunca una nueva encarnación que no fuese en un ser humano. Pero yo diría que es posible —las pupilas del técnico resplandecieron con un brillo ausente de las mismas desde muchas décadas antes—. Al menos será muy interesante.

—Creo que poseemos varias fichas de tigres —observó Harold.

—Oh, sí... Poseemos fichas de todos los animales existentes cuando se inventó la técnica, y estoy seguro de que debe de haber algunos tigres. Pero se trata del problema de modificación. Una mente humana no puede trabajar con un sistema nervioso diferente. Tendremos que cambiar todo el sistema... un cerebro más grande con más circunvoluciones... Y aun así, estará lejos de la perfección, aunque su mentalidad básica será estable por un año o dos, salvo accidentes. Éste es el lapso de tiempo que desea ¿verdad?

—Sí, algo así.

—Actualmente está poniéndose de moda la encarnación en formas animales —admitió el técnico—. Pero hasta ahora, la gente sólo desea animales con sistemas fácilmente modificables. Monos antropoides, particularmente. En realidad, para lograr un chimpancé ni siquiera hay que modificar el cerebro a fin de que posea una mentalidad humana estable durante varios años. Los elefantes también son fáciles. Pero un tigre... —meneó la cabeza— Supongo que se harán algunos, una vez estén de moda. ¿Pero por qué no un gorila?

—Quiero un carnívoro —insistió Harold.

—Supongo que es cosa del psiquiatra... —insinuó el técnico.

Harold se limitó a asentir. El técnico suspiró y rechazó la esperanza de lograr sabrosas confesiones. Un empleado del Departamento de Reencarnaciones escuchaba muchas historias raras, pero este individuo no pensaba explicar nada. Oh, bueno, sólo la rareza de su demanda ya daría pábulo a comentarios para varios días.

—¿Cuándo estará a punto? —quiso saber Harold.

El técnico se rascó pensativamente la cabeza.

—Tardará un poco —confesó—. Tenemos que escudriñar el archivo y, luego, buscar un dibujo neural básico para conservar la mente humana. Se trata de algo más que de una simple superposición de

memoria. Los genes controlan un organismo durante toda la vida, dictando, dentro de los límites ambientales, incluso la edad y el envejecimiento. No es posible formar un animal con una ontogenia completamente opuesta a su filogenia base... no sería variable. Tendremos que modificar, por lo tanto, las moléculas celulares, así como la grosera anatomía del sistema nervioso.

—En resumen —le atajó Harold—, este tigre inteligente será algo nuevo.

—Si se encuentra con una tigresa similar podrá criar, a su vez —respondió el técnico—. Pero no con una verdadera tigresa... si es que queda alguna, y, además, la herencia sería diferente. ¿Pero tal vez quiera usted un cuerpo femenino para alguien?

—No, sólo para mí.

Brevemente, Harold pensó en Avi y trató de imaginársela encarnada en el felino y grácil cuerpo de una tigresa. Pero no, ella no pertenecía a este tipo. Y la soledad formaba parte de la curación.

—Una vez hayamos modificado la ficha, no habrá nada de su memoria superpuesta en el animal, lo mismo que ocurre con las reencarnaciones humanas, pero para formar esta ficha... Bien, puedo emplear el comprobador especial y computar las unidades en Investigación, para solucionar el problema. Ahora no trabaja nadie allí. En fin, digamos una semana. ¿Está bien?

—De acuerdo —aprobó Harold—. Volveré dentro de una semana.

Dio media vuelta, con un breve adiós, y descendió por la escalerilla deslizante hacia el transmisor más próximo. Estaba casi desierto, con excepción de las formas no humanas de unos robots móviles que iban a diversos encargos. El débil y profundo zumbido de actividad que llenaba el Departamento de Reencarnaciones se debía casi por completo a la maquinaria, a las corrientes electrónicas que susurraban en el vacío, a la silenciosa cerebración de los intelectos artificiales que superaban de tal forma a los de sus creadores humanos que los hombres no podían ya seguir el curso de sus pensamientos. Un cerebro humano no podía operar con tantos factores simultáneos.

Las máquinas eran los oráculos del día. Y los dioses que daban la vida.

«Somos parásitos de nuestras máquinas —pensó Harold—. Somos como mosquitos volando en torno a los gigantes que hemos creado. Ya no existe la ciencia humana. ¿Cómo es posible, cuando los cerebros electrónicos y las grandes máquinas que son sus cuerpos, pueden hacerlo todo mucho más de prisa y mejor? Sí pueden realizar hazañas que nosotros jamás habríamos soñado, proezas de las que los más audaces genios sólo vislumbraron un leve destello... Esto nos ha paralizado, esto y la inmortalidad de la reencarnación. Y ahora sólo nos queda una existencia ociosa y dada al placer, ¿y qué diversión hay en esto, al cabo de unos siglos?»

No era extraño que la reencarnación animal estuviera en pleno auge. Ofrecía cierta perspectiva de novedad... al menos por algún tiempo.

Pasó delante de un espejo y se detuvo a contemplarse. No había en él nada raro; poseía, un cuerpo alto y rasgos agradables, cosas ambas muy corrientes en la actualidad. Tenía un poco de gris en las sienes y empezaba a mostrar tendencia a la calvicie en la coronilla, aunque su cuerpo sólo tenía treinta y cinco años. Pero en esta época la gente, los cuerpos, envejecían antes. Y en los tiempos pretéritos, apenas habría llegado a los cien años.

«Yo tengo... veamos... cuatrocientos sesenta y tres años. Al menos, los tiene mi memoria... ¿y qué soy yo, en mi pura esencia, sino un rastro de memoria?»

Al revés que la mayoría de los individuos del edificio, llevaba ropa, una ligera túnica y una capa. Era muy sensible respecto a la flojedad de su cuerpo. Tenía que mantenerse en mejor forma. ¿Pero para qué, en realidad, cuando su ficha de veinte años era de un espécimen soberbio?

Llegó a la cabina del transmisor y vaciló un instante, sin saber adonde ir. Podía dirigirse a su casa, para poner sus asuntos en orden antes de llegar a la fase del tigre, o dejarse caer en casa de Avi, o... su mente comenzó a desorientarse hasta que volvió al punto de partida. Al cabo de cuatro siglos y medio, le resultaba difícil coordinar todos sus recuerdos. Cada vez estaba más amnésico. Tendría que ir al departamento de psicología de la Reencarnación, a fin de revisar su ficha, y eliminar la parte más inútil de su sinopsis.

Decidió visitar a Avi. Mientras pronunciaba su nombre ante el transmisor y esperaba que el mismo pasara a través de los archivos electrónicos de la Central a la residencia de la joven, pensó que durante toda su vida sólo dos veces había visto desde fuera el Departamento de Reencarnaciones. El edificio era inmenso, un rascacielos de aspecto muy feo, que ascendía por encima de casi todos los desiertos bosques de Europa, una vista tan impresionante como la del cráter Tycho, o los anillos de Saturno. Y cuando el transmisor le enviaba directamente de cabina en cabina, dentro del edificio, pocas veces se tenía ocasión de mirar hacia la fachada.

Por un momento jugueteó con la idea de ser transmitido a la casa de enfrente para poder contemplar el edificio a su sabor. Pero... bueno, ya lo haría en cualquier momento del milenio siguiente. El Departamento duraría siempre, lo mismo que él.

Se generó el campo del transmisor. Y a la velocidad de la luz, Harold cruzó el mundo hacia la vivienda de Avi.

La ocasión era lo bastante importante como para, que Ramacan se vistiera sus mejores ropas, una capa colorada sobre la túnica, y los adornos prescritos para tal atuendo. Luego se sentó en su transmisor y esperó.

La cabina estaba dentro de la balaustrada de columnas. Desde su asiento, Ramacan podía divisar, por la puerta entreabierta, las grandes laderas y los picos del Cáucaso, ahora verdes con la llegada del verano, salvo donde las nieves eternas centelleaban bajo el resplandeciente cielo. Había vivido allí durante varios siglos, contrario a la inquietud de la mayoría de terrestres. Y le gustaba el lugar. Poseía una inmensa quietud y jamás cambiaba. La mayoría de humanos, en la actualidad, buscaban la variación, como en una búsqueda febril de novedades, de cosas jamás gustadas, mentes viejas en cuerpos nuevos que anhelaban modas recientes. Ramacan era... le llamaban obstinado, y posiblemente lo fuese. Estable o fijo sería más aproximado a la verdad. Lo cual le tornaba en el hombre ideal para su labor. La mayor parte de lo que quedaba de gobierno en la Tierra lo llevaba él a cabo.

Felgi tardaba, aunque a Ramacan no le preocupaba. Tampoco solía apresurarse nunca. Pero cuando llegó el procionita, la manera de su llegada arrancó un juramento a los labios del terrestre.

No llegó por el transmisor, sino en una lancha de su nave espacial, de metal muy reluciente que descendió del cielo y se posó en el césped. Ramacan observó las torretas y los cañones que sobresalían de la lancha. Anacronismo... El Sol llevaba varios siglos sin ver ninguna guerra. Pero...

Felgi surgió por la escotilla. Iba seguido por un escuadrón de guardias armados, que dejaron sus detonadores en posición de descanso, mientras ellos se mantenían firmes. El capitán procionita se dirigió solo a la casa.

Ramacan ya lo conocía, pero ahora estudió al recién llegado con renovada atención. Como la mayoría de los suyos, Felgi era un poco bajo para la talla corriente de la Tierra, y la rigidez de su rostro y su postura resultaban casi chocantes. Su uniforme severo, negro y muy ceñido, difería poco del de sus subordinados, excepto por la insignia del grado. Sus facciones eran delgadas, oscuras por la pigmentación protectora necesaria bajo el terrible ardor de Proción, y en sus pupilas había algo que Ramacan no había observado antes.

Los procionitas parecían humanos. Pero Ramacan se preguntó si habría visos de verdad en los rumores que circulaban por la Tierra desde su llegada, respecto a que la mutación y selección durante la larga y cruel estancia había cambiado a los colonos.

Ciertamente, su norma social y su psicología básica parecían un poco... extrañas.

Felgi subió en el ascensor hasta la balaustrada y se inclinó rígidamente. Los psicografos le habían enseñado los modales terrestres, pero su voz todavía conservaba el acento de la difícil lengua colonial, y sus frases resultaban un poco retorcidas.

—Te saludo, comandante.

Ramacan le devolvió la inclinación, pero con el elaborado gesto de los terrestres.

—Bien venido, gen... ah... general Felgi —y luego, sin formulismos —: Pasa, por favor.

—Gracias.

El procionita entró en la casa.

—¿Tus compañeros...?

—Mis hombres se quedarán fuera —Felgi se sentó sin ser invitado, lo cual constituía un serio quebrantamiento de la etiqueta, pero, después de todo, las costumbres de su planeta eran muy diferentes.

—Como gustes —Ramacan marcó un número, pidiendo bebidas a la sala de creaciones.

—No —rehusó Felgi.

—¿Cómo?

—En Proción no bebemos. Creí que lo sabías.

—Perdona, lo había olvidado.

Lamentándolo, Ramacan hizo que el licor y los vasos fuesen devueltos al banco de materia y se retrepó en su asiento.

Felgi estaba sentado con envarada rigidez, costándole bastante que el asiento se acomodase a los contornos de su cuerpo. Lentamente, Ramacan fue reconociendo la emoción que se agitaba detrás de aquel rostro oscuro y afilado.

La cólera.

—Creo que encuentras agradable tu estancia en la Tierra —comenzó, para romper el silencio.

—Ahorrémonos palabras inútiles —rezongó Felgi—. Estoy aquí por asuntos de negocio.

—Como quieras —Ramacan trató de relajarse, pero no pudo. Tenía tensos los músculos y los nervios.

—Por lo que sé —observó Felgi—, tú eres el jefe del gobierno del Sol.

—Supongo que así es. Tengo el título de Coordinador. Pero no hay gran cosa que coordinar estos días. Nuestro sistema social, prácticamente, se rige por sí mismo.

—Cuando se tiene un sistema social. Pero en la actualidad lo tenéis completamente desorganizado. Cada individuo parece bastarse a sí mismo.

—Naturalmente. Cuando todo el mundo posee un creador de materia que puede prever a todas las necesidades ordinarias, el individuo posee una gran independencia tanto social como económica.

Naturalmente, tenemos servicios públicos. Departamento de Reencarnaciones, Estación de Fuerza, Central de Transmisiones... y algunos más. Pero no muchos.

—No comprendo por qué no os ha arrollado el crimen —esta última, palabra era decididamente procioniana, y Ramacan enarcó las cejas, intrigado. Felgi continuó, con irritación—: Conducta antisocial. Robo, crimen, destrucción.

—¿Qué necesidad tiene nadie de robar? —preguntó Ramacan, sorprendido—. El grado actual de independencia elimina, virtualmente, las fricciones sociales. Las psicosis han sido también eliminadas de los componentes neurales de los expedientes de las reencarnaciones desde hace mucho tiempo.

—Bien, supongo que tú hablas por el Sol.

—¿Cómo puedo hablar por casi un billón de personas? Poseo poca autoridad, en realidad. Se necesita muy poca. Sin embargo, haré lo que pueda si te dignas decirme...

—La decadencia del Sol es increíble —refunfuñó Felgi.

—Tal vez estés en lo cierto —el tono de Ramacan era suave, pero se sentía enojado bajo su capa de urbanidad—. A veces, yo también lo he pensado. No obstante, ¿qué tiene que ver tu visita con este asunto?

—Vosotros nos habéis dejado en el exilio —afirmó Felgi, y ahora el odio y la cólera estaban tanto en su voz como en su mirada—. Durante novecientos años, la Tierra ha vivido en el lujo y la molicie, en tanto que los humanos de Proción luchaban, sufrían y morían en el peor de los infiernos.

—¿Qué motivo podía impulsarnos a ir a Proción? —preguntó Ramacan—. Una vez que las primeras naves establecieron allí una colonia... bien, nosotros teníamos que cuidarnos de toda la galaxia. Al ver que ninguna nave regresaba de vuestra estrella, colegimos que los colonos habían muerto. Tal vez hubiésemos debido enviar a alguien a investigar, pero se tardan veinte años en llegar allí, es un sistema poco hospitalario... y hay otras muchas estrellas. Luego se descubrió el creador de materia, y el Sol dejó de tener un gobierno digno de tal nombre. Los viajes espaciales se convirtieron en un asunto personal, y nadie se sintió interesado en Proción —se encogió de hombros—. Lo siento.

—¡Lo sientes! —Fulgí escupió las palabras—. Durante novecientos años nuestros antepasados combatieron contra la dureza y la soledad de sus planetas, muñéndose de hambre y de miseria, hundiéndose de nuevo en la barbarie y teniendo que volver a ascender paso a paso, llevando a cabo largas y crueles guerras contra los Czernigios... siglos interminables de guerra, hasta el exterminio de una raza u otra, íbamos muriéndonos de vejez, generación tras generación, exprimimos nuestras necesidades de unos planetas abandonados por los humanos,

ninguna nave perdió veinte años en llegar hasta allí, veinte años de las largas existencias humanas... ¡y dices que lo sientes!

Se puso de pie y comenzó a medir el suelo, con gran amargura en el tono de su voz.

—Vosotros habéis conquistado las estrellas, habéis conseguido la inmortalidad, todo lo que puede hacerse con la materia. Y nosotros hemos pasado veinte años embutidos dentro de un casco de metal para llegar hasta aquí... preguntándonos si el Sol no se hallaría en dificultades y necesitaría nuestra ayuda.

—¿Qué queréis ahora? —preguntó Ramacan—. Toda la Tierra os ha recibido alborozada...

—¡Porque somos una novedad!

—Toda la Tierra está dispuesta a ofreceros lo que pueda. ¿Qué más queréis?

Por un momento, el furor brilló en las pupilas de Felgi. Luego se desvaneció, parpadeó y se mantuvo inmóvil. Habló con una súbita calma.

—Cierto. Supongo que debo disculparme. Los nervios...

—No hablemos más de ello —asintió Ramacan. Peto interiormente se preguntó: «¿Hasta dónde podemos confiar en los procionitas? Tantos siglos de guerras e intrigas... No, no son ya humanos, al menos de acuerdo con las normas terrestres... ¿pero qué más podemos hacer?». Y en voz alta—: Sí, lo comprendo muy bien.

—Gracias —Felgi volvió a sentarse—. ¿Puedo preguntar qué nos ofrecéis?

—Naturalmente, los creadores de materia duplicada. Y los duplicadores de robots para administrar la compleja técnica de la Reencarnación. Algunos de los procesos se hallan fuera del entendimiento de la mente humana.

—No estoy seguro de que nos sirva de mucho —objetó Felgi—. El Sol se ha estancado. No parece haber habido en su sistema ningún cambio significativo en los últimos quinientos años. Vaya, si nuestras naves espaciales son superiores a las vuestras.

—¿Qué esperabas? —retrucó Ramacan—. ¿Qué incentivo tenemos para cambiar? El progreso, para emplear un término arcaico, es un medio para un fin, y nosotros ya hemos llegado a la meta.

—No sé... —Felgi se frotó la barbilla—. No estoy seguro de cómo operan vuestros duplicadores.

—Tampoco yo puedo contarte gran cosa. Pero ni las mentalidades más grandes de la Tierra podrán explicártelo todo. Como ya te he dicho, el conjunto es demasiado complejo para nuestras mentalidades. Sólo los cerebros electrónicos pueden ocuparse de ello.

—Quizás pudieras hacerme un breve resumen, contándome cuál es su estructura. Especialmente, estoy interesado en los medios por los que fue puesto en uso.

—Bien, veamos... —Ramacan buceó en su memoria—. Se descubrió la ultraonda... oh, hará unos setecientos u ochocientos años. Lleva energía, pero no es electromagnética. La teoría de la misma, a lo que podemos colegir los humanos, va unida a la mecánica de las ondas. La primera y gran aplicación llegó con el descubrimiento de que las ultraondas transmiten a grandes distancias de varias unidades astronómicas, sin verse obstaculizadas por la materia, y sin pérdida de energía. La teoría de esto se interpretó como la significación de que la onda está, supongo que puedo decirlo así, enterada del receptor, y sólo, va hacia él. Naturalmente, tienen que existir un receptor y un transmisor para engendrar la onda. Claro está, esto conduce a un transmisor de fuerza completamente deficiente. Hoy día, todo el Sistema Solar consigue su energía del Sol, transmitida por la Estación de Fuerza situada en la cara diurna de Mercurio. Todo, desde las naves interplanetarias a los televisores y relojes, funciona por esta fuente de energía.

—Me parece un poco peligroso —objetó Felgi—, ¿Y si falla la Estación?

—No puede fallar —replicó Ramacan, confiadamente—. La Estación posee sus robots, sin ningún técnico humano. Todo está archivado y grabado. Si algo falla, automáticamente se disuelve en el banco de materia y vuelve a ser creado de nuevo. También hay otras salvaguardas. La Estación no ha originado ningún conflicto desde que se fundó.

—Entiendo —el tono de Felgi era pensativo.

—Poco después —continuó Ramacan— se vio que la ultraonda también podía transmitir materia. Podían construirse circuitos que escudriñasen un cuerpo átomo a átomo, disolviéndolos en energía y transmitiéndola por las ultraondas, junto con la señal de exploración. En el receptor, naturalmente, el proceso se invertía. Claro que te lo estoy explicando de manera muy simplificada. No es una simple señal, en realidad, sino un complejo fantástico de señales, que sólo la ultraonda puede transportar. Sin embargo, ésta es la idea general. Hoy día, todo el transporte se efectúa por esta técnica. Los vehículos para el aire o el espacio sólo existen para propósitos muy especiales o viajes de placer.

—También poseéis un centro para este control ¿verdad?

—Sí. La Estación transmisora de la Tierra se halla en el Brasil. Conserva todos los archivos de cosas, tales como direcciones, por ejemplo, y coordina los millones de unidades de todo el planeta. Es un asunto muy complicado, pero muy eficaz. Como la distancia ya nada significa, es más práctico centralizar las unidades del servicio público. Desde la transmisión sólo había un paso a la grabación de la señal,

reproduciéndola en un banco de materia. Lo cual originó el duplicador. El creador de materia. ¡Imagínate qué economía para el Sol! Actualmente, todo el mundo posee uno, y si no posee una grabación de lo que desea, puede obtener un duplicado, transmitido desde la gran «biblioteca» de la Estación creadora. Todo lo relativo a la materia puede obtenerse mediante un giro de un numerador y una palanca. Y esto, a su vez, condujo a la técnica de la Reencarnación, la cual no es más que una extensión de todo lo anterior. El cuerpo de un ser humano es grabado en los principios de la vida, digamos a los veinte años. Después, el cuerpo vive el tiempo que sea hasta que empieza a envejecer, digamos cuarenta o cincuenta años. Entonces, se graba la fórmula inicial mediante unidades especiales de exploración y sondeo. La memoria no es más que una sinopsis neural y moléculas de proteínas alteradas, no muy difícil de sondear y grabar. Esta fórmula se superpone electrónicamente sobre la grabación del cuerpo de veinte años. Después, el cuerpo se utiliza en el banco de materia para la materialización de la fórmula en la grabación alterada y, casi instantáneamente, queda creado el joven cuerpo... ¡con todos los recuerdos del anterior! ¡Uno es ya inmortal!

—En cierto sentido —le rectificó Felgi—. Pero sigue sin parecerme justo. El ego, el alma, como quiera que lo llamemos, se pierde. Sólo creáis un cuerpo perfecto.

—Cuando la copia es tan perfecta no puede diferenciarse del original —le recordó Ramacan—. ¿Cuál es, entonces, la diferencia? El ego es, esencialmente, un asunto de continuidad. El yo, el yo esencial, es una fórmula constantemente modificada de sinopsis que tienen sólo una relación temporal con las moléculas que transportan la fórmula en aquel instante. Lo importante es el diseño, no la estructura material. Y el diseño es lo que se conserva.

—¿De veras? Me ha parecido observar una gran semejanza entre los terrestres.

—Como las grabaciones pueden ser alteradas, no había ningún motivo para seguir teniendo cuerpos deformes o mutilados —replicó Ramacan—. Las grabaciones podían hacerse de especímenes perfectos, y todas las fórmulas ego, borradas de las mismas; luego, podía superponerse la fórmula neural de otro ser. ¡Reencarnación en un cuerpo nuevo! Naturalmente, todo el mundo deseó poseer un cuerpo perfecto, de lo cual se originó cierta uniformidad. Un cuerpo diferente habría llevado, claro está, a una personalidad distinta, ya que el hombre es una unidad psicosomática. Pero la continuidad que es el atributo esencial del ego, sigue estando en el cuerpo.

—Huumram... entiendo. ¿Puedo preguntarte cuál es tu edad?

—Unos setecientos cincuenta años. Cuando se instaló la Reencarnación poseía una edad mediana, pero conseguí un cuerpo juvenil.

Los ojos de Felgi se trasladaron desde la impoluta cara de Ramacan a sus manos, con los nudillos y las venillas prominentes de los sesenta años. Por un instante apretó los dedos, aunque su voz continuó suave.

—¿No te cuesta conservar tus recuerdos?

—Sí, pero de cuando en cuando suprimo los más inútiles y decrepitos de la grabación, y esto me ayuda mucho. Los robots saben exactamente qué parte de la fórmula corresponde a un cierto recuerdo y lo eliminan. Al cabo de, digamos, otros mil años, probablemente sufriré de amnesia. Pero no importará en absoluto.

—¿Y respecto a la aparente aceleración del tiempo con la edad?

—Esto fue malo durante los dos primeros siglos, pero después todo se arregló, ya que el sistema nervioso se había adaptado a ello. Aunque —admitió Ramacan— esto, y la falta de incentivo, sean probablemente los responsables de nuestra actual sociedad estática y la improductividad general. Existe una tendencia terrible a la postergación de los asuntos, y un día parece demasiado corto para hacer algo.

—Entonces, éste es el final del progreso, de la ciencia, del arte, de todo lo que había hecho humano al hombre.

—No es así. Todavía poseemos nuestros artistas, nuestros artesanos... y nuestros caprichos... supongo que debo llamarlos así. Tal vez no hagamos gran cosa... ¿mas para qué?

—Me ha sorprendido hallar que gran parte de la Tierra haya vuelto al salvajismo. Creí que estaría superpoblada.

—Claro que no. El creador y el transmisor posibilitan que los hombres vivan muy separados, en distancias físicas, y en cambio, muy cerca. Las comunidades están anticuadas. En cuanto al problema de la población, no existe. Después de unos pocos hijos, la gente ya no quiere más. Es una cosa completamente anticuada tener muchos hijos.

—Sí —asintió Felgi—. Apenas he visto un niño en la Tierra.

—Y, naturalmente, la gente se marcha a las estrellas en busca de novedades. Puede enviarse la grabación en una nave robot, y un viaje de siglos se convierte en nada. Supongo que éste es otro motivo para la tranquilidad de que goza la Tierra. Los elementos más inquietos y aventureros se han marchado.

—¿Tenéis alguna comunicación con ellos?

—Ninguna. No, porque las naves espaciales sólo pueden viajar a la mitad de la velocidad de la luz. De cuando en cuando, algún curioso viene a visitarnos, pero es raro. Parecen estar desarrollándose extrañas culturas en la galaxia.

—¿No hacéis nada en la Tierra?

—Oh, mantenemos algunos servicios públicos, psiquiatría, tecnicismo humano para el cuidado de algunos departamentos... Y también existen algunas empresas de servicio personal, especialmente,

para diversiones, y la creación de oficios intrincados para que los dupliquen los creadores. Pero hay muchas personas anhelosas de trabajar unas cuantas horas al mes o a la semana, aunque sólo sea para llenar su tiempo, o conseguir el equilibrio del crédito que les capacite para adquirir los servicios que deseen. Es una cultura muy estable, general Felgi. Tal vez la única verdaderamente estable en toda la historia de la humanidad.

—¿Y... no habéis adoptado ninguna precaución? Fuerzas militares, defensas contra los invasores... ¿nada?

—¿Qué podemos temer del cosmos? —exclamó Ramacan—. ¿Quién ha de venir a invadirnos, desde varios años luz de distancia, a la mitad de la velocidad de la luz? ¿Y por qué?

—El saqueo...

Recaman se echó a reír.

—Podemos duplicar todo lo que quieran los invasores y regalárselo.

—¿De veras? —de repente, Felgi se puso de pie—. ¿De veras?

Ramacan lo imitó, con los nervios y los músculos de cuello en tensión. Había una nota de triunfo en el rostro amenazador, vengativo, del procionita.

Felgi llamó por señas a sus hombres, los cuales acudieron con los detonadores levantados y una mirada dura y cruel en sus pupilas.

—Coordinador Ramacan —exclamó Felgi—, estás arrestado.

—¿Qué...? ¿Cómo...?

El terrestre parecía haber sufrido un golpe físico. Tuvo que buscar un asidero para sostenerse. Vagamente, oyó las palabras de su enemigo.

—Me has confirmado lo que pensaba. La Tierra está desarmada, indefensa, y sólo depende de unos cuantos puntos clave. Y yo estoy al mando de una nave de guerra llena de soldados. ¡Os arrollaremos!

II

La morada de Avi se hallaba en Norteamérica, en medio del litoral atlántico. Como la mayor parte de las casas particulares, era pequeña y de techo bajo, con paredes interiores adaptables y muebles de fácil variación. La joven amaba las flores, por lo que había un inmenso jardín en torno a su vivienda, descendiendo hacia el mar y, por el lado contrario, subiendo hacia el inmenso bosque que había vuelto a formarse con el final de la agricultura.

Ella y Harold paseaban por entre los matorrales, los árboles y las flores. El cabello suelto de Avi era largo y brillante, acariciado por la brisa marina, y su cuerpo, de dieciocho años, poseía la gracia de un venado joven. De repente, Harold odió la idea de abandonarla.

—Te echaré de menos, Harold —le susurró ella.

El joven sonrió tristemente.

—Lo resistirás. Hay otros. Supongo que buscarás a alguno de esos procionitas que hace pocos días han llegado a la Tierra.

—Claro —contestó ella, inocentemente—. Me sorprende que tú no te quedes y busques a algunas de las mujeres que han traído. Sería un cambio.

—Ningún cambio —objetó él—. Sinceramente, ya no comprendo la pasión moderna por la variación. Cualquier persona se parece demasiado a otra.

—Es un asunto de camaradería. Al cabo de unos años de vivir con otra persona, ambas se conocen demasiado bien. Y entonces, es posible predecir exactamente lo que una dirá, lo que piensa, qué pondrá para comer, y a qué espectáculo querrá ir por la noche. ¡Y estos colonos son... una novedad! Poseen unos modales diferentes, pueden hablar de un sistema planetario muy distinto y... —se interrumpió—. Pero como tantas mujeres los acosarán, dudo que yo tenga ninguna oportunidad.

—Si es conversación lo que quieres... —Harold se encogió de hombros—. Además, creo que los procionitas todavía tienen lazos familiares. Tendrán celos de sus mujeres. Y yo necesito este cambio.

—¡Un carnívoro! —rió Avi, y a Harold aquella risa le pareció una música maravillosa—. Al menos, posees una mente original —de pronto, se mostró ávida. Le cogió ambas manos y le miró fijamente a los ojos—. Por esto siempre me has gustado, Harold. Siempre has sido un pensador y un aventurero, jamás te has mostrado mentalmente perezoso como los demás. Después de unos días de separación, siempre me has parecido algo nuevo; has sabido apartarte de la rutina y hacer algo raro, has aprendido algo distinto y has vuelto a ser joven. Siempre hemos vuelto el uno al otro, querido, y esto me encanta.

—Y a mí —respondió él, quedamente—. Aunque a veces he lamentado las separaciones —sonrió, aunque en la sonrisa había una nota de melancolía—. En los viejos tiempos, hubiésemos podido ser muy felices, Avi, nos habríamos casado y habríamos pasado juntos toda la vida.

—Unos cuantos años, y después la vejez, los achaques y la muerte —se estremeció—. ¡La muerte! ¡La nada! Ni el mundo existe cuando uno ha muerto, cuando no queda ni el cerebro. Sólo... la nada. ¡Como si nunca hubieras existido! ¿No te habría asustado esta idea?

—No —repuso él, besándola.

—También en esto eres diferente —murmuró Avi—. No sé por qué no te has ido a las estrellas, Harold. Todos tus hijos se marcharon.

—Una vez te pedí que fueses conmigo.

—No, esto me gusta. La vida es divertida, Harold. No me aburro con tanta facilidad como los demás. Pero no has contestado a mi pregunta.

—Sí, la he contestado —afirmó él, quedándose silencioso.

La miró, preguntándose si era el último hombre de la Tierra que amaba a una mujer, preguntándose qué sentía exactamente ella por él. Tal vez, a su modo, lo amaba también... ya que siempre volvían el uno al otro, pero no le amaba de la misma manera que él a ella; para ella, la separación no era un dolor, y la reunión... Bien, esto no importaba ahora.

—Estaré por aquí —dijo poco después—. Vagaré por estos bosques. Haré que los sanitarios de la Reencarnación me transmitan cerca de tu casa, y estaré cerca de ti.

—Mi pequeño tigre... —sonrió ella—. Ven a verme de cuando en cuando, Harold. Iremos a algunas fiestas.

«Un bello adorno muy espectacular...»

—No, gracias. Pero me rascarás la cabeza y me darás buenos filetes, y yo arquearé el lomo y ronronearé.

Fueron hacia la playa, cogidos de la mano.

—¿Qué te decidió a ser un tigre? —quiso saber la joven.

—Mi psiquiatra me recomendó una reencarnación animal. Me estoy volviendo un neurótico terrible, Avi. No puedo permanecer cinco minutos sentado, y veo las cosas terriblemente cambiadas. La vida es una farsa espantosa y... Bueno, sufro un gran trastorno. Esencialmente, es el aburrimiento. Cuando se tiene de todo sin tener que trabajar, la existencia puede llegar a ser mortalmente monótona. Cuando se han vivido varios siglos, cuando ningún cambio, ninguna excitación, puede producir ninguna alegría... Bien, el doctor me sugirió que fuese a las estrellas, y cuando me negué, me indicó que, por una temporada, me

transformarse en un animal. Pero no quise hacer como todo el mundo. No quise ser ni un mono ni un elefante.

—Siempre el mismo Harold —murmuró ella, besándole. Harold contestó al beso con inesperada violencia.

—Un año o dos de vida salvaje, en un cuerpo nuevo y no humano, será un cambio provechoso —afirmó, tras una pausa prolongada. Se tendieron en la arena, bañados por el sol, escuchando el murmullo de las olas y oliendo el aroma salino del mar, que llevaba el viento. En lo alto, una gaviota trababa rápidos círculos, muy blanca contra el cielo azul.

—¿Un gran cambio?

—Sí. Ni siquiera recordaré muchas cosas que ahora sé. Dudo que ni aun el más inteligente de los tigres pueda comprender el análisis vectorial. Pero esto no importa. Volveré a recordarlo todo cuando recobre mi forma humana. Cuando sienta que el cambio de personalidad ya me ha beneficiado, vendré aquí y tú me llevarás al Departamento de Reencarnaciones. Lo importante es la curación... un cambio de puntos de vista, un ambiente nuevo, desconocido... ¡Avi! —se incorporó sobre un codo y contempló a la joven—. Avi ¿por qué no me acompañas? ¿Por qué no te conviertes en una tigresa?

—¿Y tener muchos cachorros? —sonrió ella, soñadoramente—. No, gracias, Harold. Tal vez algún día, pero no ahora. Realmente, no soy persona aventurera —se estiró y se puso de espaldas contra la blanca y ardiente duna—, me gusto tal como soy.

«Y hay los hombres de las estrellas... —pensó él—, ¿qué me pasa? Lo que sé es que cometeré alguna descortesía contra uno de sus amantes. Sí, necesito esta curación.»

—Luego, volverás a mí y me relatarás tus experiencias —dijo ella.

—Tal vez no —replicó Harold—. Tal vez hallaré una tigresa muy hermosa y me enamoraré de ella de tal forma que no querré recuperar mi cuerpo humano.

—No habrá ninguna tigresa a menos que persuadas a una mujer a acompañarte —contestó ella—. ¿Pero podrá gustarte un cuerpo humano después de haber gozado de una piel tan bellamente estriada? ¿Aún te seguirá pareciendo hermosa la gente, con tan poco pelo?

—Querida —repuso Harold—, tú, para mí, siempre serás un bocado excelente.

Poco después, penetraron en la casa. La gaviota continuó trazando altos círculos en el cielo.

El bosque era grande, verde y misterioso, con la luz del sol filtrándose por entre los árboles, y la maleza, compuesta de helechos y flores bajo las sombras de las enormes copas. Había riachuelos que se abrían paso por entre unas orillas cubiertas de musgo, peces que saltaban fuera del agua como brillantes centellas, y sosegados

remansos donde la quietud planeaba como un manto, claros amplios cubiertos de hierba, espacio, soledad y una inacabable pulsación de vida.

Los ojos del tigre veían menos que los humanos; el mundo parecía algo borroso, liso y sin color hasta que se acostumbraban. Después, el tigre comenzó a tener dificultades para recordar cómo eran el color y la perspectiva. Y sus otros sentidos cobraron vida, dándose cuenta de lo cautivo que había estado dentro de su cráneo, contemplando un mundo del que jamás había formado parte, como ahora.

Oía sonidos y rumores que ningún hombre podía percibir, él débil y chirriante zumbido de los insectos, el crujir de las hojas acariciadas por la brisa, el vago susurró de las alas de los búhos, el deslizamiento de los pequeños seres, asustados, por entre la hierba... todo combinado en una rica sinfonía, con el pulso y el jadeo del bosque. Y su olfato se estremecía ante la infinita variedad de olores, la fragancia de la hierba aplastada, el acre aroma de los hongos y los detritus, el penetrante olor de la piel, la ardiente borrachera de la sangre recién derramada. Y cada uno de sus pelos, sus bigotes, se estremecían ante los menores movimientos; se glorificaba con el resistente poder de sus músculos... Sí, ahora vivía. Un hombre estaba medio muerto en comparación con la vitalidad que conserva un tigre.

Por la noche... sí, por la noche no existía la oscuridad para él, la luz de la luna era un sendero blanco que él robaba con sus peludas zarpas; la penumbra era para él vivida claridad; las sombras, trechos luminosos, una fantasía de grises como un sueño antiguo, súbitamente recordado.

Se albergaba en una cueva que había descubierto, y su nuevo cuerpo no sentía la incomodidad de la humedad. De noche merodeaba, como un fantasma, sin más luz que la luminosidad de sus ojos ambarinos, y el bosque le hablaba con el sonido, el olor y el sentido del tacto, el sabor de la caza en el viento.

Ya era un maestro, y todos los habitantes del bosque le temían y huían a su paso. Era la muerte en negro y oro.

Una vez, un antiguo poema cruzó por la parte humana de su cerebro, y dejó que los versos fuesen como un trueno, tratando de repetirlos en voz alta. El bosque se estremeció con el rugido del tigre.

*Tigre, tigre, ardiente luz
del bosque en plena noche.
¿Qué mano o qué ojo inmortal
osó dar forma a tu temible simetría?
Y el alma del arrogante felino respondió:*

—¡Yo mismo!

Más tarde quiso recordar el poema, pero ya no pudo.

Al principio, no lo logró del todo, ya que todavía había en él demasiada humanidad. Rugió de rabia y desesperación cuando los conejos huyeron, de su lado, cuando un venado lo husmeó y pareció volar. Fue a la casa de Avi y ella lo aumentó con trozos de carne cruda, y rió y le acarició bajo la barbilla. La joven estaba encantada con su animal favorito.

«Es Avi», pensó el tigre, recordando que la amaba. Pero esto era con su cuerpo humano. Para el tigre, la muchacha no poseía ningún valor estético o sexual. Pero le gustaba que le acariciase, y ronroneaba como un motor, frotando su cuerpo contra las piernas de Avi. Sí, era adorable y cuando volviese a recuperar la forma humana...

Pero los instintos del tigre volvieron a él; no podía rechazarse una herencia de un millón de años, por mucho que los técnicos hubieran intentado alterarla. Apenas habían hecho algo más que aumentar su inteligencia, pero los nervios y las glándulas del tigre seguían en su cuerpo.

Llegó la noche y divisó un grupo de conejos bailando a la luz de la luna. Cayó sobre ellos. Una zarpa enorme se abatió y sintió la tibieza de la sangre, la carne desgarrada y el hueso roto. Engulló la sabrosa carne ensangrentada, royendo los huesecillos. Se tornó salvaje, y rugió y atronó el bosque toda la noche, gritándole su júbilo a la luz de la luna. Al alba, retornó a su cueva, fatigado, su mente humana avergonzada de sus andanzas. Pero a la noche siguiente salió de nuevo a cazar.

¡Su primer venado! Pacientemente, aguardó sobre una rama del sendero. Sólo movía su nerviosa cola, mientras las horas discurrían lentamente. Aguardó. Y cuando su enemigo pasó por debajo, saltó como impulsado por un muelle de acero. Una poderosa zarpa, unas mandíbulas como tenazas, una lucha terrible y breve, y el venado quedó muerto a sus pies. Lo destripó, engulló lo necesario por el momento y se llevó el resto a la cueva, donde durmió como un borracho hasta que el hambre volvió a despertarlo. Entonces, se abalanzó a la carcasa. Unos perros salvajes la estaban devorando. El tigre se precipitó contra ellos, mató a uno y ahuyentó a los demás. Luego continuó su festín hasta que sólo quedaron los huesos.

El bosque estaba lleno de caza, lo cual significaba que la vida era fácil para un tigre. Pero no demasiado. Jamás sabía si regresaría a su guarida con la panza llena o vacía, y esto formaba parte del placer de su existencia.

No le habían eliminado todos los recuerdos de tigre; y algunos fragmentos de los mismos le intrigaban; a veces se despenaba preguntándose quién era y qué había sucedido. Le parecía recordar amaneceres brumosos en la selva, un ancho río que resplandecía al sol, otra cueva y otra forma de piel estriada a su lado. A medida que el tiempo transcurría, fue creciendo su confusión, y pensó vagamente que más de una vez había cazado al alce y visto a los rinocerontes blancos

moverse como montañas, a la luz del crepúsculo. Cada vez le resultaba más difícil recordarlo todo con exactitud.

Esto, naturalmente, ya era de suponer. Su cerebro felino no podía conservar todos los recuerdos y conceptos del humano, y con el transcurso de las semanas y los meses perdió la primitiva claridad del recuerdo. Todavía se identificaba con un sonido: «Harold», y recordaba otras formas y paisajes... pero cada vez más y más borrosamente; como si fuesen las memorias de un vago sueño. Sabía firmemente que tenía que volver junto a Avi, y hacer que le llevase... a algún sitio, antes de que olvidara de quién era.

Bien, todavía le quedaba tiempo, le dijo su elemento humano. No perdería la memoria bruscamente, y sabría por anticipado que su personalidad humana superpuesta se estaba desintegrando en su extraño ser, y que debía regresar. Mientras tanto, cada vez comprendía mejor la vida del bosque, y su horizonte se iba estrechando hasta que aquél le pareció toda su existencia.

De cuando en cuando iba hacia el mar y la morada de Avi, a conseguir un pedazo de carne. Pero las visitas fueron espaciándose, el campo abierto le ponía nervioso, y estar dentro de una casa le resultaba imposible después de anochecido.

Tigre, tigre

Y terminó el verano.

Se despertó con la cueva húmeda y fría, lloviendo fuera y con un furioso vendaval azotando los altos árboles. Se estremeció y gruñó, apretando las garras, pero aquél era un enemigo que no podía destruir. El día y la noche transcurrieron desdichadamente.

En los viejos tiempos, los tigres habían sabido adaptarse, según recordaba, habiendo podido sobrevivir incluso en la Siberia. Pero su origen estaba en los trópicos.

—¡Maldición! —exclamó, y el rugido recorrió el bosque entero.

Después llegaron los días fríos y claros, con el viento soplando bajo un cielo pálido, con las hojas muertas girando entre las ráfagas y riendo con su seco crujido. Los gansos cruzaron el cielo, camino del sur, y los gruñidos de los ciervos atronaron la noche. Había como una borrachera en el aire; el tigre rodaba sobre la hierba y ronroneaba, rugiéndole a la luna, cuando aparecía. Su pelaje se espesó, y ya no sintió el frío, excepto como un tintineo agradable en su sangre. Todos sus sentidos se le agudizaron, y comenzó a vivir en estado de alerta, aprendiendo a moverse por entre las hojas muertas como otra sombra.

El verano indio, los perezosos y largos días, como una primavera de resurrección, las enormes estrellas, el penetrante olor de la vegetación putrefacta... Su mente humana recordaba que las hojas

eran como oro, bronce y fuego. Pescó en los riachuelos, cogiendo a su presa con una potente y veloz zarpa; recorrió los bosques y rugió sobre los altos riscos a la luz de la luna.

Luego volvieron las lluvias, el frío y la humedad, y el mundo se anegó en agua. Por la noche había escarcha, y sus patas se envaraban, relucientes a la luz de las estrellas, y a través del silencio helado podía oír el rumor del distante océano. La caza escaseaba y a menudo se sentía hambriento. Esto le preocupaba muy poco ya, pero su razón se inquietaba por el invierno. Tal vez fuese mejor volver a su ser normal.

Una noche cayó la primera nevada, y por la mañana el mundo estaba callado y muy blanco. Salió de la cueva, rugiendo su cólera, y yendo en dirección sur. Pero los felinos no pueden emprender largos viajes. Recordó, vagamente, que Avi le proporcionaría comida y albergue. Avi...

Por un momento, cuando trató de pensar en la joven, recordó un cuerpo dorado y negro, estriado, y un olor felino y muy querido que llevaba la cueva situada encima de un río antiguo y muy ancho. Sacudió la maciza cabeza, enfadado consigo y con el mundo, y trató de evocar su imagen. La cara estaba borrosa en su mente, pero recordó el perfume, y la musicalidad de su voz. Sí, iría a ver a Avi.

Atravesó el bosque con la pausada gracia de los de su raza, y llegó a la playa. El mar estaba gris y frío, enorme, inmenso, como un manto infinito, abalanzándose a la playa; sus ojos se aturdieron ante su vista. Estuvo allí hasta que descubrió la casa.

Estaba extrañamente silenciosa. Pasó por el jardín. La puerta estaba abierta, pero no había nadie dentro.

Tal vez hubiese salido. Se enroscó en el suelo y se durmió. Despertóse mucho más tarde, hambriento hasta las mismas, entrañas, y en la casa aún no había nadie. Recordó que a la joven le gustaba irse al sur en invierno. Pero no le habría olvidado, habría vuelto de cuando en cuando... La casa todavía conservaba el perfume de la muchacha, por lo que no podía hacer mucho tiempo que se había ido. Y todo estaba en desorden. ¿Se habría marchado apresuradamente?

Fue hacia el creador. No recordaba cómo funcionaba, pero sí el proceso de maniobrarlo. Bajó la palanca con una pata. No ocurrió nada.

¡Nada! El creador estaba estropeado. Rugió su desaliento. El temor se apoderó de todo su ser... Esto no era natural.

Y estaba hambriento. Tendría que salir en busca de comida, y regresar más tarde con la esperanza de encontrar a Avi. Bien, volvería al bosque.

Husmeó vida bajo la nieve. Un oso. Anteriormente, él y los osos estaban en un estado de neutralidad. Pero éste estaba dormido, indefenso, y su panza reclamaba alimentos. Destruyó el refugio con movimientos poderosos de sus zarpas y se abalanzó sobre el oso.

Es peligroso despertar a un oso que está invernando. Éste se sobresaltó, levantó su potente pata delantera y el tigre retrocedió, resbalándole la sangre por su rostro.

Enloqueció, sintiendo en su interior un furor desmedido. El oso gruñó y movió los brazos. Ambos animales se abrazaron, y de repente, el tigre tuvo que luchar por salvar su vida.

Nunca más recordó aquel combate más que como un torbellino rojo de ciego furor, de caídas en la nieve y de regueros de sangre en el suelo. Mordiscos, zarpazos, golpes contra sus costillas y el cráneo, el sabor de la sangre caliente en su boca, y la locura de la muerte animando en su cerebro.

Al final, se tambaleó, ensangrentado, y cayó sobre el destrozado cuerpo del oso. Durante largo tiempo no se movió, y los perros salvajes se aproximaron, esperando su muerte.

Sin embargo, más tarde se estremeció débilmente y se tragó la carne del oso. Pero no pudo marcharse de allí. Le dolía todo el cuerpo, las patas no lo sostenían, y una zarpa había quedado aplastada por las enormes mandíbula. Permaneció tendido junto al oso, bajo el destruido refugio, mientras la nieve caía lentamente sobre ambos.

La batalla y la agonía de la muerte despertaron sus atávicos instintos. Ya un verdadero tigre, se lamió la sangre y fue comiéndose pedazos de la carne de su enemigo a medida que los días transcurrían, esperando el retorno de la salud.

Al fin pudo cojear hasta su cueva. Los recuerdos eran como sueños en su mente; había habido una casa y alguien que era bondadoso con él, pero... pero...

Tenía frío, cojeaba y estaba hambriento. El invierno había llegado.

III

—No nos sirves de nada —afirmó Felgi—, pero en vista de que nos has ayudado, te permitiremos vivir... al menos, hasta regresar a Proción y que el Consejo decida sobre tu caso. Además, posiblemente tengas informaciones más valiosas respecto al Sistema Solar que nuestros prisioneros. En su mayoría son mujeres.

Ramacan contempló el duro y cruel rostro, ahora triunfante, y repuso tristemente:

—De haber sospechado tus planes, nunca te habría ayudado.

—Oh, sí —replicó Felgi—. Vi tus reacciones cuando te mostré nuestros métodos de persuasión. Todos los terrestres sois iguales. Estáis tan alejados de la muerte que no os queda ni una mínima parte de valor. Sólo esto ya os hace inadecuados para regir vuestro planeta.

—Tenéis los planos de los duplicadores, los transmisores y los rayos de fuerza... toda nuestra técnica. Yo os he ayudado a conseguirlo todo de las Estaciones. ¿Qué más queréis?

—La Tierra.

—¿Para qué? Con los creadores y transmisores podéis transformar a vuestros planetas en los viejos sueños del paraíso. La Tierra es más congénita, sí, ¿pero qué os importa a vosotros el ambiente?

—La Tierra sigue siendo el verdadero hogar para el hombre —le espetó Felgi. En sus pupilas brillaba un fanatismo que Ramacan sólo había visto en sus pesadillas—. Y debe pertenecer a la mejor raza del hombre. Además... Bien, nuestra cultura no puede utilizar vuestra técnica. La civilización procionita creció en la adversidad, sin nada más que luchas y crueldades, y esto forma parte de nuestra misma naturaleza. Con los Czernigios destruidos, tenemos que buscar otro enemigo. «Oh, sí, pensó Ramacan, esto ya ocurrió antes, en el sangriento y viejo pasado de la Tierra. Las naciones sólo sabían de guerras y sufrimientos, y quedaron moldeados por ellos, glorificando las malvadas virtudes que los capacitaban para sobrevivir. Un estado militarista no puede permitirse la paz, el goce y la prosperidad, ya que entonces, el pueblo puede empezar a pensar por sí mismo. Por lo tanto, el gobierno tiene que ir en busca de nuevas glorias y conquistas. Necesario o no, hay que pelear para mantener el control de los militares. ¿Hasta dónde son ahora humanos los procionitas? ¿Qué se ha torcido en ellos, durante los siglos de su terrible evolución? Ya no son hombres, son robots combativos, son animales de presa, necesitan la sangre.»

—Ya viste cómo destruimos las Estaciones desde el espacio —continuó Felgi—. El Reencarnador, el Creador, el Transmisor, ya sólo son cráteres radiactivos. Ninguna máquina dirige a la Tierra, ningún

tubo está vivo... inada! Y con los creadores, de quienes dependían sus vidas, los terrestres volverán al salvajismo.

—¿Y qué? —inquirió Ramacan, fatigosamente.

—Ahora estamos en Mercurio, aprovisionándonos de combustible —repuso Felgi—. Luego, regresaremos a Proción. Emplearemos nuestro creador para grabar a la mayoría de la tripulación; lo haremos por turnos a fin de poder seguir manteniendo la nave en el rumbo debido. Cuando lleguemos a nuestra estrella seremos un poco más viejos. Después, naturalmente, el Consejo enviará una flota con tripulaciones grabadas. Se apoderarán del Sol, eliminarán a la población superviviente, y volverán a colonizar la Tierra. Después... —en sus ojos brilló el fuego de la locura— ¡las estrellas! Por fin, un imperio galáctico.

—Para poder seguir peleando —asintió Ramacan—. Sólo para que vuestros pueblos sigan siendo esclavos.

—¡Ya está bien! —le atajó Felgi—. Una cultura decadente no puede comprender nuestros motivos.

Ramacan continuó meditando. Cuando regresasen los procionitas, todavía quedarían seres humanos. Necesitarían cuarenta años para prepararse. Los hombres, en naves espaciales, por todo el Sistema, llegarían a la Tierra, verían su ruina y comprenderían de quiénes era la culpa. Con los creadores, podrían reconstruirlo todo rápidamente, podrían armarse, y duplicar hombres sedientos de venganza por millones.

A menos que el hombre solar estuviese ya tan decadente que sólo fuese capaz de un pánico ciego. Pero Ramacan no lo creía. La Tierra había decaído, pero no tanto.

Felgi pareció leer en su pensamiento. Y había cruel satisfacción en su acento:

—La Tierra no tendrá ninguna oportunidad de rearmarse. Utilizaremos el poder de la Estación, de Mercurio para aprovisionar a nuestro propio duplicador, cambiando la roca en osmio para nuestros motores. Y cuando hayamos terminado, también volaremos la Estación. Las naves espaciales se quedarán sin fuerza, los colonos de los planetas fallecerán a medida que sus reguladores ambientales dejen de funcionar, y ninguna rueda girará en el sistema solar. ¡Me imagino que éste será el toque final!

Tal vez... tal vez... Sin poder, sin utensilios, sin comida o refugio, tenía que llegar el colapso final. Cuando los procionitas volviesen, sólo quedarían en la Tierra unos cuantos salvajes. Ramacan sintió el vacío en su interior.

La vida se había convertido en una locura, una pesadilla. El fin...

—Te quedarás aquí hasta que te hayamos grabado —le ordenó Felgi. Giró sobre sí mismo y salió de la estancia.

Ramacan se dejó caer sobre el asiento. Sus desesperadas miradas recorrieron una y otra vez la cabina que era su prisión, en tanto en su cerebro se cruzaban y entrecruzaban mil ideas locas. Miró al guardián que estaba en el umbral, apoyado en su detonador, muy aburrido con su cautivo. Si... si... ¡Oh, Dios Todopoderoso! ¿Era esto lo que iba a heredar la Tierra?

¿Qué hacer... qué hacer? Tenía que existir una respuesta... ya que no hay un solo problema sin solución. ¿O hay alguno?. ¿Qué garantía tenía de la justicia cósmica? Enterró la cara entre sus manos.

«Fui un cobarde —pensó—. Temí al dolor. Razoné, me dije que probablemente no querrían gran cosa, y utilicé mi influencia para ayudarlos a obtener los duplicadores y los planos. Y los otros también fueron cobardes y cedieron... Se mostraron ansiosos por ayudar a los conquistadores... ¡y éste es el pago!»

¿Qué hacer... qué hacer? SÍ de alguna forma se perdiese la nave, si no regresase... Los procionitas se extrañarían. Enviarían otra nave o dos... a investigar. Y dentro de cuarenta años el Sol estaría dispuesto a enfrentarse con la nueva amenaza, dispuesto a guerrear contra el enemigo, si mientras tanto habían tenido la oportunidad de reconstruir, si quedase en pie la Estación de Mercurio...

Pero esta nave volaría esta Estación, regresaría a sus planetas con la noticia de la ruina del Sol, y los invasores se prepararían... se extenderían por toda la galaxia como una plaga... ¿Cómo detener «ahora» la nave?

Ramacan sintió los estruendosos latidos de su corazón, como deseoso de estallar dentro del pecho. Tenía las manos frías y húmedas, la boca espesa. Tenía miedo.

Se levantó y fue hacia el guardián. El procionita levantó el detonador, pero sin temor, ya que no podía temer a un miembro desarmado de una raza conquistada.

«Me matará —pensó Ramacan—. La muerte de la que he estado huyendo toda mi vida, está a mi lado. Pero ha sido una larga existencia, muy agradable, y es preferible terminarla de repente que arrastrarla durante unos años miserables, como su despreciable prisionero. Además... ¡les odio!»

—¿Qué quieres? —le preguntó el procionita.

—Estoy mareado —se quejó Ramacan. Su voz era apenas un susurro en la sequedad de su garganta—. Déjame salir.

—¡Atrás!

—Vomitare. Déjeme ir al lavabo. Estuvo a punto de caer.

—De acuerdo, sal —cedió el guardián—. Pero recuerda que voy contigo.

Ramacan se tambaleó al acercarse al otro. Sus manos, de repente, se engarfiaron en el cañón del detonador y se apoderó del arma. Antes de que el procionita pudiera gritar, Ramacan lo golpeó con la culata. Un remoto rincón de su cerebro se asombró de aquel salvajismo que ardió en él cuando oyó el crujido de los huesos.

El guardián cayó. Ramacan lo ayudó para evitar el ruido, y se aseguró de que no se movía. Entonces, lo despojó de su túnica, sus botas y el casco. Le temblaban las manos y apenas pudo ponerse aquellas prendas.

Si lo atrapaban... Bien, sólo habría la diferencia de unos minutos. Pero seguía estando atemorizado. Con un miedo interior inimaginable.

Se obligó a caminar como en una pesadilla por el corredor.

Pasó por delante de otro vigilante procionita, pero no fue descubierto.

Bajó por una escalerilla al cuarto de máquinas. Gracias a Dios se había interesado por la nave, preguntando por su estructura. Se abrió la puerta y pasó a la sala.

Un par de ingenieros estaban contemplando cómo funcionaba el creador. Éste zumbaba, pulsaba y palpitaba con la fuerza, la energía del Sol y los átomos de la roca en disolución, átomos que volvían a crearse como de osmio, y que servirían para impulsar la nave en su largo recorrido. Dentro de los motores insertarían muchas toneladas de combustible.

Ramacan cerró la puerta a prueba de ruidos y mató a ambos ingenieros con el detonador.

Después fue hacia el creador y maniobró en los controles. Comenzó a fabricar plutonio.

Sonrió, inmensamente aliviado, al darse cuenta, con incredulidad, de que había vencido. Se sentó y lloró de alegría.

La nave no regresaría a Proción. La Estación de Mercurio persistiría. Y sobre esta base, unos cuantos hombres decididos del Sistema Solar podrían realzar la reconstrucción. Habría horror en la Tierra, un enorme caos, la mayoría de su población se hundiría en el salvajismo y la muerte. Pero vivirían los suficientes, los más civilizados, para preparar la venganza.

Tal vez esto fuese lo mejor. Tal vez la Tierra había llegado a una decadencia exagerada. Ciertamente, en los últimos siglos no había habido la antigua galantería, la ingeniosidad, el arte de otros tiempos. No, ni arte ni ciencia ni aventuras... sólo una autosatisfacción, una inmortalidad irreal, en un paraíso sintético. Tal vez este colapso, este reto era lo que la Tierra necesitaba, a fin de recobrar su antiguo esplendor.

En cuanto a él, había vivido muchos siglos, y ahora sentía una tremenda fatiga en su interior.

«La muerte —pensó— la muerte es el viaje más largo de todos. Sin la muerte no hay evolución, ni la vida posee un verdadero significado, sin ella la última aventura ha perdido todo su sabor.»

Recordó a una joven que había muerto antes de que se inventasen las máquinas de la reencarnación. Muy raro... al cabo de tantos siglos aún era capaz de recordar cómo su cabellera ondeaba al viento, un día de verano, en lo alto de una colina. Se preguntó si volvería a verla.

No sintió la explosión cuando el plutonio llegó a su masa crítica.

A Avi le sangraban los pies. Sus zapatos por fin se habían roto, y las rocas y los espinos le desgarraban las piernas. La nieve se mezclaba a la sangre.

La fatiga se había apoderado de ella y no podía continuar... pero tenía que seguir adelante, era preciso, ya que temía detenerse en medio del bosque.

Jamás había estado sola. Siempre habían habido los televisores y transmisores, y ningún lugar de la Tierra había estado lejos. Pero el mundo se había expandido en una inmensidad, las máquinas estaban muertas, y sólo reinaba el frío y el vacío con las distancias. El mundo del calor, la música, las risas y las diversiones era remoto y tan irreal como un sueño.

¿Era un sueño? ¿Habíase sentido siempre enferma y hambrienta, en un mundo de pesadilla, de árboles sin hojas, de nieve y de viento, de pingajos en vez de vestidos? ¿O era éste el sueño, una locura súbita de horror y muerte?

¡Muerte! ¡No, no... ella no podía morir, era inmortal, no debía morir!

El viento seguía soplando, implacable.

La nieve caía y llegaba la noche, la noche de invierno. Un perro salvaje aulló, en la oscuridad. Avi quiso gritar, pero tenía la garganta demasiado reseca y sólo logró articular un ronco sonido.

—¡Socorro... socorro... socorro!

Tal vez, hubiese debido quedarse con el hombre. Él había colocado trampas, había atrapado algún conejo o ardilla, dejándole a ella los restos. Pero la miraba de manera tan extraña cuando transcurrían los días sin cazar nada... La habría matado y se la habría comido. Y tuvo que huir.

Huir... huir... huir... Ya no podía correr, el bosque parecía ser infinito, y estaba atrapada entre el frío y la noche, hambrienta y muerta.

¿Qué había sucedido? ¿Qué había sucedido? ¿Qué había sido del mundo? ¿Qué sería de ella?

Le gustaba pensar que era una antigua diosa, creando lo que deseaba de la nada, servida por un mundo eterno, cuyo exclusivo propósito era complacerla. ¿Dónde estaba ahora este mundo?

El hambre la desgarraba con su agudo filo. Tropezó con un madero hundido en la nieve y no tuvo ánimos para levantarse.

«Éramos demasiado débiles, demasiado complacientes —pensó—. Y hemos perdido toda nuestra fuerza, no somos más que parásitos de nuestras máquinas. Ahora, no estamos ajustados...»

«¡No! ¡Yo sí lo estoy! Yo era una diosa...» «Una chiquilla mimada, replicó el demonio de su mente. Un bebé llorando por su madre. Eres mayorcita para poder cuidar de ti misma, al cabo de tantos siglos. No deberías correr en círculo, esperando una ayuda que no llegará, tendrías que ayudarte a ti misma, buscando un refugio, encontrando nueces y raíces, construyendo una trampa. Pero no puedes. Tu propia confianza te ha destruido.»

«¡No! ¡Socorro! ¡Socorro!»

Algo se movió en la oscuridad. Avi ahogó un chillido. Unos ojos amarillos como dos fuegos, y una forma inmensa que avanzó sin el menor ruido.

Por un instante, la joven creyó enloquecer, y de pronto comprendió, incrédula, la verdad. Toda la verdad.

En aquel bosque sólo podía haber un tigre.

—Harold —susurró, poniéndose de pie—. Harold.

Lo era. La pesadilla había terminado. Harold cuidaría de ella. Cazaría para ella, la protegería, la llevaría al mundo de las máquinas que todavía debía existir.

—¡Harold! —gritó—. ¡Mi querido Harold!

El tigre no se movía. Sólo meneaba la cola. Breve, fragmentariamente, unos sonidos cruzaron por su mente.

«Tu mentalidad básica será estable durante uno o dos años, a menos que un accidente...»

Pero aquellos sonidos no tenían significado, y su mente cayó en el olvido.

Tenía hambre. La zarpa no se le había curado bien y no podía cazar.

El hambre, la necesidad más elemental de todas, estaba en su interior, llenando todo su cerebro de tigre, todo su cuerpo de tigre, sin nada más.

Estaba contemplando aquel extraño ser que no podía huir. No hacía mucho ya había matado a otro... Se lamió la boca ante esta idea.

Sí, recordaba vagamente que aquel extraño ser había sido... había sido... No lograba recordarlo.

Volvió a avanzar.

—¡Harold! —murmuró Avi. Su voz tenía un tono Inquieto, de cruel incertidumbre.

El tigre se detuvo. Conocía aquella voz. Recordaba... recordaba...

Sí, se conocían de antes. Algo en aquel extraño ser le detenía, paralizando sus movimientos.

Pero estaba hambriento. Y sus instintos clamaban en su interior.

Si al menos pudiese recordar, antes de que fuese demasiado tarde...

El tiempo pareció extenderse una eternidad, mientras se contemplaban mutuamente... la fiera y la bella.

FIN